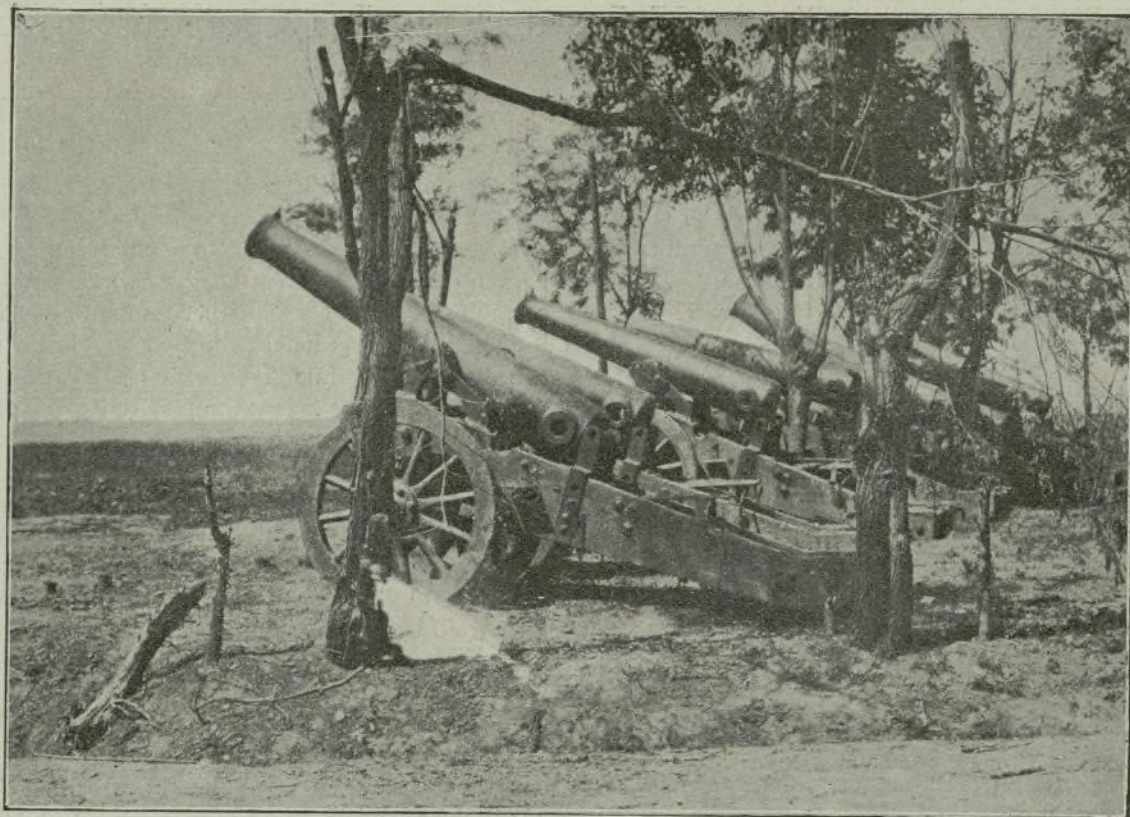


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 68.—BARCELONA 11 DE SEPTIEMBRE DE 1915



Artillería de plaza, rusa, conquistada por los austro-alemanes en Przemyśl

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Bulgaria y Turquía.—II. Síntomas de derrota

I.—Bulgaria y Turquía

Fué tan rudo el golpe que sufrieron los aliados con la derrota de los rusos en Polonia, que por el momento no se dieron cuenta de su importancia. La esperanza, que es lo último que pierde el hombre, les hizo creer que sólo se trataba de un desastre parcial, y en tal concepto reparable, y quisieron contrarrestar su efecto moral sobre la opinión pública de Francia e Inglaterra, mediante una explosión de sensacionales noticias, dando por inminente la entrada en línea de todas las potencias balcánicas al lado de los aliados. Tienen éstos tal arte y tanta habilidad en esas campañas de prensa, que los trágicos augurios se admitieron casi unánimemente como verdades inconcusas. Pero todo lo artificioso concluye por desvanecerse. Continuaron las derrotas de los rusos, y, como es natural, a cada victoria alemana respondían las Estados balcánicos afirmando su neutralidad o inclinándose al lado del favorecido por la fortuna; que ésta, en todos los tiempos, viene siempre acompañada de amigos, mientras que el infortunio es sinónimo de soledad y abandono.

Así ha sucedido con Bulgaria. Desde el principio de la guerra, sus simpatías han estado al lado de

Alemania; algún eclipse han sufrido, cuando parecía que los Dardanelos iban a ser forzados o que los imperios centrales serían impotentes contra tantos enemigos. Al cabo, las aguas han vuelto a los cauces por donde antes corrieron, impulsadas por el propio interés y por el sol de la victoria. Parece un hecho fuera de duda el acuerdo turco-búlgaro. ¿Contra quién va dirigido? No, ciertamente, contra Grecia, sino mirando a Rumanía y Serbia. ¿Será Bulgaria, y no Serbia, la que llegue y se establezca sólidamente en el Adriático? ¿Será Bulgaria, y no Rumanía, la que se adueñe de la desembocadura del Danubio en el mar Negro? De ambas cosas, y no de un pedazo de Tracia o Macedonia, es de lo que se trata, en el fondo.

Serbia, más avisada, busca una posición que la permita sortear el nuevo conflicto, sin incurrir en el enojo de los austro-alemanes. Sigue nominalmente en guerra, pero si encontrara una salida honrosa, se aferraría a ella. La actitud de Bulgaria es un serio obstáculo, porque los intereses de ambas Potencias son encontrados y opuestos. Entre ambas, el premio será para Bulgaria y el sacrificio para Serbia, si vencen los imperios.

Rumanía ha creído que repitiendo el juego de

1913, estaría a las ganancias y no a las pérdidas. Nunca segundas partes fueron buenas. No se juega con Austria y Alemania como se jugó hace dos años con Bulgaria. Queriendo contentar a todos y guardar las espaldas, Rumanía está a punto de malquistarse con los dos bandos. Ha pasado la oportunidad de su ayuda a los franco-ingleses, y está a punto de pasar la de su cooperación a los austro-alemanes. Un poco más de habilidad, y Rumanía correrá la suerte del vencido. Ha olvidado demasiado pronto que los ríos de sangre de sus hijos derramados en el paso del Danubio y en los ataques a Plevna, en 1877, por luchar al lado de Rusia, fueron pagados por ésta arrebatándole la feraz y poblada Besarabia, y dándole en compensación un pedazo de faja arenosa y cenagosa a orillas del Danubio. ¡Gran pérdida fué para aquel reino la muerte de su anterior y primer soberano, el rey Cárlos, como lo fué para Bélgica el fallecimiento del sagaz y astuto Leopoldo!

Entre tanto, Venizelos sortea con su característica habilidad los escollos de la doble presión franco-inglesa y austro-alemana. Y en los Dardanelos se derrama a torrentes la sangre de las tropas expedicionarias, que es posible hagan muy pronto falta en Francia.

Ladina y sobresaliente es la diplomacia inglesa, pero debe sus triunfos principales a la impresión pavorosa que causa la vista de sus acorazados. Una vez demostrado que hay algo más temible que éstos, ha perdido su fuerza principal, y resulta candorosa e inocente comparada con la de los pueblos orientales. Los siglos de dominación universal hicieron creer a la Gran Bretaña que era omnipotente gracias a su oro y a sus barcos, y que nada podía ponerse frente a los dos respetables factores. Alemania le está demostrando que la voluntad resuelta y unánime de un pueblo prevalece sobre la fuerza adquirida, postiza, no consubstancial con la nación. Perdido el miedo a sus armas, la diplomacia británica ha perdido a la vez su principal poder de persuasión.

II.—Síntomas de derrota

A las claras refleja la prensa rusa el desaliento, el descontento, la honda irritación del país. Los conciliábulos, conferencias y discusiones de los hombres públicos confirman esa impresión, y dan a entender que se avecina una era de trastornos, difícil de evitar. ¿Se ha sacrificado a Rusia por el puñado de oro que recibió de Francia e Inglaterra? Es el sentir de casi todo el pueblo. ¿Debe aceptar Rusia con resignación el papel de víctima y soportar el empuje entero del poderío germánico, mientras sus aliados comentan las derrotas y no hacen nada por evitarlas? ¿Debimos ir a la guerra contra Alemania, nación que nos apoyó en más de una circunstancia crítica —1905—, inutilizándonos en Europa y en Asia, sólo por dar gusto a unos aliados que nos han tomado como yunque en que se rompa el martillo alemán? ¿Es justo que el pan-eslavismo, que sólo responde a una parte del sentimiento nacional, lleve a la ruina y a la desolación a un tan grande imperio? Esas son las voces de Rusia, pronunciadas en la intimidad primero, y que ahora se atreven ya a manifestarse públicamente y en las columnas de la prensa.

Tal vez más significativa aún es la actitud franca de la prensa inglesa y la embozada de la francesa. La primera elogia sin rebozo las combinaciones alemanas y pone al desnudo el fracaso ruso, aunque prodigando elogios al imperio del czar, del cual espera que continuará luchando y no se quebrantará su energía. La segunda, no encubre ya, ni disimula, las derrotas de los imperiales europeo-asiáticos, y si bien omite todo calificativo favorable al aborrecido alemán, comienza a tratar con conmiseración al amigo de cuya ayuda apenas se espera ya nada. Mucho habrán hecho padecer las bayonetas alemanas al amor propio moskovita, pero es posible que todavía le haya dañado más la compasiva indiferencia de sus aliados.

Las tristezas de este cuadro desaparecen en parte contemplando la entereza de los periódicos británicos, dueños, más ahora que hace un año, de su serenidad. No se le oculta el peligro al pueblo, ni se disimulan los acaecimientos adversos: al contrario.

Por llevar a sus más extremos límites el principio de que cuanto perjudica al extranjero, sea éste quien sea, beneficia al país propio, Inglaterra es la enemiga natural del mundo: no a otra cosa se han debido su grandeza y esplendor durante siglos. ¡Enemiga universal, sí! Pero, al mismo tiempo ¡cuánta dignidad al llegar la decadencia! ¡Qué majestuosa imposibilidad ante el peligro! Como el caballero de linajada estirpe a quien la pérdida de sus haciendas no le arrebatara sus modales, ni su altivez, ni el lustre de su raza ¡así Inglaterra! Está aún muy lejos de precipitarse en la sima en que sucumben los grandes imperios de la tierra; será necesaria una segunda guerra para arrancarle el cetro del mundo; pero cuanto más crítica es la situación, tanto más patentiza la ecuanimidad de quien está habituado al mando y al gobierno! Esas dotes morales no las posee nadie como ella, por ser hijas de siglos de hegemonía. ¡Cuán grande el triunfo de la civilización y qué victoria para la humanidad, si como resultado de la guerra quedaran equilibradas las fuerzas de Alemania e Inglaterra! Entonces sí que comenzaría la era de una verdadera libertad, y podrían respirar tranquilos los pueblos débiles. Este era el ideal del Kaiser y de algunos estadistas británicos, abortado por la excesiva ambición de otros personajes ingleses menos previsores y más confiados en las fuerzas materiales que en las morales, las cuales serán, a la postre, las vencedoras en esta guerra.

F. LARIN.

LAS BATALLAS DE LA CHAMPAÑA

Hay una sucesión de batallas, pero ninguna tiene nombre.... Estas palabras de Talbot a la doncella de Orleáns, tienen una triste y adecuada aplicación a los combates que han durado tres meses y han ensangrentado y cubierto con el estrépito de las descargas, los suaves llanos y pequeñas alturas que, al N. y S. de la antigua calzada romana, forman los campos arcillosos de la Champaña. Las batallas de la edad media se resolvían en horas, pero los choques de los ejércitos modernos se prolongan meses enteros antes de que el fiel de la balanza se incline a un lado. Toda la ciencia de la técnica moderna se

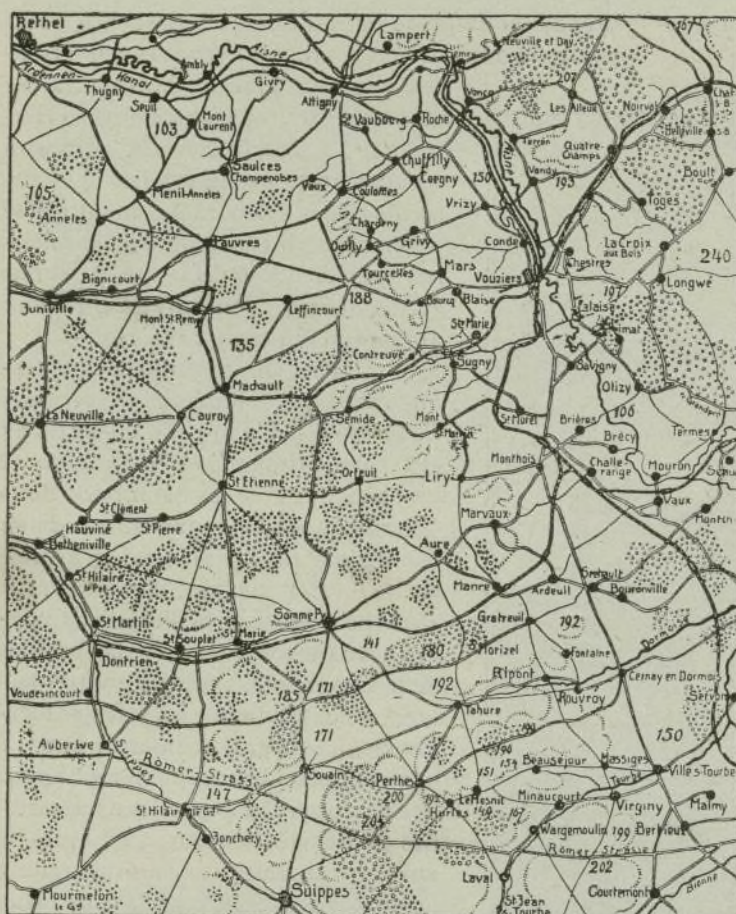
aplica en campaña. Las olas humanas ya no se arrojan las unas contra las otras para que la decisión resulte de los primeros asaltos. Como si fueran cimientos de edificios, los regimientos se hunden en la tierra y permanecen allí ocultos semanas y meses. Desde distancias fabulosas, la artillería pesada bate las sutiles líneas de trincheras, que cortan los campos y los bosques. Y a pesar del huracán de hierro,

las operaciones de los cuatro aliados—un éxito en la Champaña, devolvería el entusiasmo y la energía que habían perdido, en sus impotentes ataques a la línea del Aisne, los franceses e ingleses, ayudados por tropas negras y amarillas. Tales eran el caso y los deseos manifestados por Joffre en su conocida orden al ejército, de 17 de diciembre, sobre la próxima segunda ofensiva francesa.

Desde Navidad hasta mediados de enero, se propusieron los franceses romper la férrea línea alemana en los bosques y llanos de la Champaña. Las posiciones francesas se encuentran un poco al N. de la calzada romana, que en dirección oeste enlaza Reims con el bosque de Argona. Las trincheras francesas se extendían por las crestas que parten del bosque de Perthes y la altura 204, sobre Hurlus, y terminan al E., cerca de Virginy, en la altura 199, y detrás de ellas estaban las baterías pesadas inglesas y francesas. En muchos días de las primeras cuatro semanas, se entablaron duelos de artillería, que ensordecían a las tropas propias y a las enemigas, yendo además los proyectiles en busca del adversario escondido en las trincheras. Los campos de la Champaña quedaron destrozados por los proyectiles ligeros, y sobre todo por las grandes granadas de nuestros morteros pesados y de los obuses Rimailho franceses, que abrían hoyos en los que cabía un carruaje. Pero en donde la obra de destrucción se dejaba sentir más, era cerca de las trincheras y puntos de apoyo, que aparecían señalados por los destrozos causados en las tierras ligeras, removidas, y por las blancas líneas de las rocas calcáreas destrozadas y de las margas agrietadas. Las tropas alemanas encargadas de los trabajos de defensa, tuvieron que agradecer mucho a las condiciones geológicas del terreno; por fortuna las margas de la Champaña se prestaban a las excavaciones.

En muchos casos, se necesitó el empleo de escaleras para bajar al fondo de las trincheras, y entradas subterráneas y pasadizos de la misma naturaleza conducían a las cámaras de descanso y a los almacenes, protegidos contra los proyectiles que eventualmente fueran a parar allí. A veces, sin embargo, se tuvo que proceder a la apertura de alguna trinchera bajo el fuego concéntrico de la artillería francesa, en particular durante las primeras semanas de combate. En ocasiones, pedazos de atrinchamientos, de 200 a 500 metros, quedaron sometidos largas horas al tiro de diez y hasta quince baterías, y un testigo presencial ha dado a conocer que en un lugar fueron lanzados diariamente 50.000 proyectiles, casi todos ellos contra trincheras indefensas bajo esta clase de fuego. Al principio, y dado este sistema de combatir, nuestras pérdidas fueron extraordinariamente grandes, porque las obras, sin protección contra el frío y las lluvias, y la falta de agua, dieron lugar a un indescriptible estado de suciedad, que fué luego remediado poco a poco. En la primera quincena de enero, todas las «barracas» quedaron bajo techo.

Ya era hora, porque el afán de los franceses por

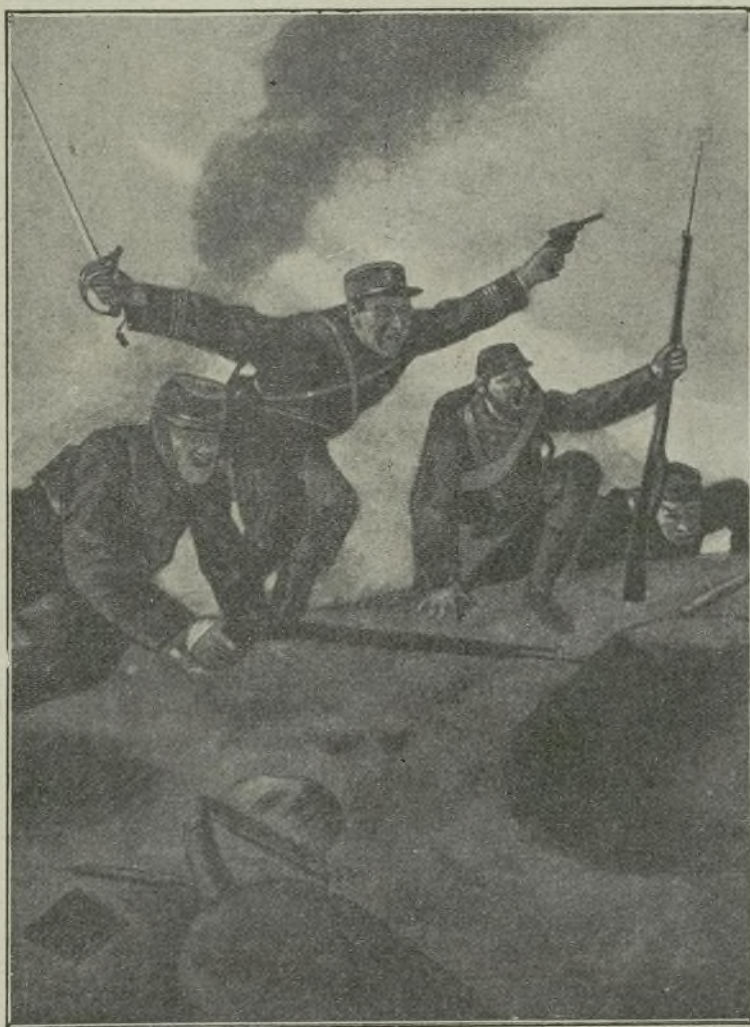


Campos de batalla de la Champaña 0 1 2 3 4 5 Km.

permanecen impávidas las tropas, enterrándose más y más en el suelo, a veces hasta una profundidad de cinco metros, esperando que llegue la hora del asalto. Espesas alambradas hacen imposible el acceso desde fuera; pero si todavía el enemigo se aventura hasta ellas, sobreviene la lucha de granadas de mano, que lo trastornan todo y detienen al asaltante, sin protección que le resguarde. El atraer hacia fuera al enemigo es el objetivo principal del atacante, que entonces puede caer con sus fuerzas superiores sobre el defensor. Este último, por consiguiente, debe economizar su gente, para ser fuerte en el momento crítico. En cambio, el atacante tiene que prodigar los hombres y las municiones para alcanzar su objetivo, si el adversario se obstina en no mostrarse.

El objetivo de los franceses consistía en romper el frente alemán, que desde septiembre de 1914 se extendía por la línea Souain-Perthes-Le Ménil-Massiges-Servon. No solamente interesaba a los franceses la vía férrea Reims-Verdun, sino que tanto Reims como Verdun necesitaban que aflojase a su alrededor la presión alemana, para tener más aire y libertad de acción. Vouziers al E. y Reims al N., supuestas en poder de los franceses, serían como avanzadas del campamento de Chalons y les darían la posibilidad de envolvimiento, y—lo que flota sobre todas

romper nuestra línea llegó a la locura. Enviadas nuestras tropas al E. para contener al ejército ruso de invasión, la campaña en Masuria estaba todavía en los comienzos. En los Cárpatos la guerra tomaba un cariz grave, y los aliados de Francia requerían el apoyo de esta nación. Los señores del Estado Mayor de Joffre ni siquiera imaginaban que pudieran llegar al oeste tropas del este, para repeler los ataques franceses en la Champaña. Pero las cosas tomaron en el este la marcha debida, y en el oeste permanecieron los nuestros firmes como una roca.



Champaña: Un ataque a las líneas alemanas

Desde el principio de febrero hasta el comienzo de marzo, los combates de la Champaña fueron una no interrumpida cadena de hechos gloriosos para las tropas alemanas. No hubo un solo metro de terreno que no fuera teatro de un combate. El programa diario consistía en una tormenta de fuego desde la mañana hasta la noche, seguida por un ataque nocturno del enemigo. Seis cuerpos de ejército completos condujo el enemigo en febrero y marzo contra nuestras líneas, y cada día arrojó por lo menos cien mil proyectiles de artillería pesada, sobre un frente de ocho kilómetros que ocupaban nuestras trincheras. Los impávidos rehnanos, apoyados por los firmes y aguerridos batallones de la Guardia, se mantuvieron inflexibles contra un enemigo seis veces más numeroso. Con frecuencia, días y días sólo se pudo disponer de un batallón como reserva, mientras en el frente se peleaba con granadas de mano, ametralladoras y lanzaminas.

La lucha más empeñada tuvo lugar alrededor de Perthes, y los partes diarios de los franceses anunciaron invariablemente que sus tropas, con los senegaleses, se habían apoderado de una o dos trincheras, pero callaban que las perdían enseguida y eran rechazados a sus líneas; de esta suerte, el ejército francés de la Champaña avanzó en el papel muchos kilómetros, pero en el terreno no se movió de su sitio. La incauta población civil de París no comprendía el lenguaje estratégico de Joffre, y a veces pedía aclaraciones en la prensa. Pero la censura francesa posee un gran lápiz azul. Únicamente un escritor probo, Gustavo Hervé, en *La Guerre Sociale*, demostró en unas pocas palabras a los habitantes de París cuán sabias mentiras se encerraban en los comunicados oficiales, escribiendo estas tristes palabras: «Cada día nos cuenta nuestro Boletín que progresamos allá abajo».

El verdadero motivo de que terminara lastimosamente la ofensiva francesa en la Champaña consistió en el resuelto desprecio a la muerte de los rehnanos y de los batallones de la Guardia y en la admirable acción combinada de la infantería y artillería. El valor alemán, la obstinación alemana y la técnica alemana, tuvieron plena recompensa en las batallas de la Champaña. Contra estos tres factores, nada pudieron las salvajes oleadas de los negros y marroquíes. ¡Y parecían poseídos del demonio! Es un hecho comprobado por las declaraciones de los prisioneros, que, antes de enviarlas al asalto, se suministraba a las tropas francesas una poción azucarada que las ponía en un estado de frenesí parecido a la exaltación de los habitantes de las islas del Sur. En las retiradas, los pobres negros, con la boca abierta y los ojos inyectados en sangre, eran víctimas de la fraternal política franco-rusa: para contener su huida, se les batía con fuego de schrapnel, y obligados así a dar media vuelta

y a lanzarse de nuevo contra nuestras trincheras, caían como segados, a montones, bajo el fuego de nuestras ametralladoras; fusilados por amigos y enemigos, permanecían como rebaños, apiñados todos. Cuando las laderas de las colinas quedaban cubiertas por centenares y millares de negros franceses, los franceses blancos daban la noticia de que habían ganado algún terreno.

Los puntos donde se combatió más furiosamente en esta larga batalla, fueron las alturas 196, al N. E. de Le Ménil, y la altura 191, junto a Massiges. Ambas fueron tomadas rápidamente y enseguida comenzó el mes de febrero. La conquista definitiva de la altura 196 tuvo lugar el 18 de marzo. La situación estratégica en la altura 191, junto a Massiges, tenía extraordinario parecido con la que se creó en la conocida altura de Crouy, cerca de Soissons. Nuestra infantería había llegado mediante una lenta guerra de zapas hasta el tercio del espolón, subiendo siem-

pre por la altura, entre las trincheras alemanas y francesas, hasta que la línea más avanzada se encontró a muy cercana distancia de la enemiga. Este estado de cosas exigía una pronta resolución, que se fijó para el 3 y 4 de febrero. El ataque debía comenzar el 3 de febrero a las doce del día. La descripción que

los zapadores con granadas de mano en la cintura y la infantería sobre los hombros. En larga fila, subieron penosamente monte arriba, siguiendo las sinuosidades de las trincheras. El completo silencio de tantos hombres en movimiento tenía algo de lúgubre; pero el golpe debía sorprender al enemigo. Las



La ciudad de Rethel antes del bombardeo



Explosión de una bomba en las líneas francesas

ha hecho un testigo ocular de los preparativos de la infantería, es interesante en extremo. Cuatrocientos cincuenta hombres se ofrecieron a ejecutar la atrevida empresa y asaltar la trinchera enemiga. En la última posición fueron apilados los escudos que habían de servir como primera protección; las hachas de mano y tijeras para destruir las alambradas, se pusieron en orden. Se oía debajo de tierra cómo los

horas que transcurrieron hasta las doce se hicieron interminables, por el estado de ansiedad que dominaba a todos.

Poco antes de darse la orden de ataque, cada cual había tomado su resolución. El uno murmuraba una oración, el otro se movía nervioso, pero el clamoreo del cañón antes de la batalla, hacía de aquel lugar un sitio de quietud; por fin, se oyeron a lo le-



La calle de la iglesia de Perthes-les-Hurlus, cañoneada por los franceses

zapadores cargaban los hornillos de mina y efectuaban los rápidos preparativos, a vanguardia de las trincheras de infantería, tan indispensables como la acción que los obuses llevan a cabo desde atrás. En la noche del 2 al 3 de febrero llegaron grandes refuerzos. Al amanecer, todavía de noche, se arrastraron calladamente los «morituri» al pie de la altura,

jos las doce campanadas. Se pegó fuego a tres hornillos de mina, ya preparados, y el flanco del monte saltó despedazado en otros tantos puntos. Entró en actividad toda la artillería y cubrió de hierro la posición enemiga. En pocos minutos, el adversario se vió envuelto en una densa y casi irrespirable atmósfera de polvo y humo. Era aquel un espectáculo in-

fernal. El tiro furioso de la artillería, los temblores que en el monte producían los proyectiles de 21 centímetros, los alaridos de los grandes cañones, los zumbidos de la artillería de campaña, dejaban oír de vez en cuando los acordes de la música del regimiento, que tocaba «¡Todos estamos en acecho!», mezclándose tantos ruidos con las órdenes dadas a gritos, el trepidar de los carros de municiones sobre los hielos endurecidos que cubrían la tierra; la entrada en acción de la artillería enemiga y el castañeteo y silbido de los proyectiles de diferentes calibres. Un conjunto indescriptible. Así se expresa el testigo ocular.

La posición enemiga fué asaltada a la una de la tarde. Los zapadores, con granadas de mano y hachas, fueron delante. La artillería ajustó la distancia, para no herir a nuestras tropas, e impedir, tanto la huida de los franceses, como que avanzaran sus reservas. Nuestros obuses de 21 centímetros son armas de extraordinaria precisión. Las murallas de polvo e inmundicias que había entre las reservas enemigas y las trincheras avanzadas, rompieron la unidad de acción de los franceses. A los golpes de las hachas de los zapadores saltaron en pedazos los piquetes de las alambradas, y nuestros soldados, con estentóreos ¡hurra!, se lanzaron al asalto de la primera trinchera. Las explosiones de nuestras granadas de mano produjeron una tempestad de ayes lastimeros en la trinchera enemiga. Cuantos supervivientes había en ella quedaron prisioneros. Una trinchera tras otra cayeron en nuestras manos, y a las dos, quedó terminada la labor principal. Excepto en una pequeña porción, donde una fuerte tala opuso una resistencia inexpugnable a los ataques, toda la altura 191 quedó en nuestro poder. La victoria fué completa, pero tuvimos que lamentar la pérdida de soldados y algunos oficiales de infantería. El enemigo pronunció un contraataque durante la noche, pero fué rechazado en una lucha de menos de tres cuartos de hora.

Los combates en la altura 196, al N. E. de Le Ménil, constituyeron la fase culminante de la batalla de la Champaña, porque los batallones franceses, entusiasmados por las falsas noticias que les daba su cuartel general, persistieron en atacar furiosamente, poseídos de verdadera desesperación, lo que habían ya perdido definitivamente. Según el relato de un oficial de artillería en la *Frankfurter Zeitung*, en la tarde del 18 de marzo la artillería francesa rompió un violentísimo tiro de granada. Las detonaciones eran tan seguidas que asemejaban un redoble de tambor, que tronaba sobre la posición alemana. Hubiérase dicho que la montaña era víctima de un temblor de tierra. El aire se agitaba en incesantes ráfagas, que ponían los nervios en tensión extraordinaria. Sobre las trincheras se elevaba una altísima columna de humo y polvo, a manera de telón flotante, desgarrado por mil fogonazos.

No muy lejos apareció una columna, desplegada en un gran frente, con los soldados hombro a hombro, formados en varias filas. Los Kepi se distinguían perfectamente. Detrás de la larga línea en movimiento, las desnudas colinas semejabán una valla oscura recortada en la claridad del firmamento. Por el teléfono se transmitió esta orden: «Todas las piezas disponibles, contra la altura 196». La masa negra subía

ahora por el monte, avanzando con un ritmo cadencioso y fluctuando en su marcha. De ella se destacó una compañía, que emprendió el ataque con soberbio denuedo. Delante de todos iba un oficial animando a los suyos con el ejemplo y el gesto. De entre los soldados, que vacilaban, se adelantaron algunos, formando pequeños grupos. En las trincheras alemanas comenzó un rápido fuego a corta distancia. El extremo derecho de la línea francesa empezó a quebrantarse. Con toda claridad se distinguían los claros que en ella iba dejando la lluvia de hierro que salía de nuestras trincheras; enseguida, las explosiones de los schrapnels se hicieron más frecuentes por momentos. Todo el frente, poco antes vigoroso y amenazador, quedó tronchado y sanguinolento. Sobre las laderas cayeron los franceses a centenares, formando horribles montones. Los restos huyeron en dispersión, poseídos de espanto y terror. La altura 196 siguió en nuestro poder.

El entusiasmo de las tropas francesas destinadas a romper nuestro frente, había sido llevado al más alto límite por medio de una orden, emanada de la dirección del ejército enemigo, en la que se afirmaban los siguientes extremos: primero, que el ejército alemán no tenía ya más tropas disponibles, y que los regimientos y batallones estaban medio destruidos e inutilizados los cañones; segundo, que Alemania padecía hambre; tercero, que los aliados de Alemania estaban derrotados; Grecia y Rumania habían abrazado la causa francesa; cuarto, los alemanes cometían crímenes horribles contra los ancianos, mujeres y niños; quinto, eran inenarrables los sufrimientos de los prisioneros franceses en Alemania: perecían de hambre; sexto, era indudable y segura la victoria. Era preferible morir en el campo de batalla que caer en las manos de los alemanes y consumirse miserablemente de debilidad y extenuación, hasta sucumbir en sus cárceles. Por consiguiente, ¡adelante!

Esta orden, que lleva la fecha del 8 marzo 1915 y aparece dictada por el *Grand Quartier Général*, enderezada a conseguir la ruptura estratégica de nuestro frente en la Champaña, es un elocuente testimonio de que había sido rota la moral del alto mando francés.

Veintidós mil cadáveres insepultos de franceses cubren todavía, en el momento de escribir estas páginas, los campos de batalla de la Champaña; a los montones que primero se formaron vinieron a añadirse los caídos en los sucesivos ataques, siendo lo peor los centenares de heridos franceses que allí quedaban, desangrándose y helados de frío, sin que nos fuera posible salir de nuestras trincheras y salvarlos. Algunos ligeros casos de descontento se manifestaron en las filas alemanas, porque la tensión de nervios de las tropas que guarnecían las trincheras era insostenible. Los soldados declararon a sus oficiales que estaban plenamente dispuestos a rechazar cuantos ataques se pronunciaran, pero que era una situación superior a las fuerzas humanas, el estar oyendo día y noche los lamentos de los heridos franceses, que cual niños llamaban a sus madres. Más de una vez enviamos parlamentarios con bandera blanca, para pedir una suspensión de hostilidades que permitiera, por lo menos, enterrar los muertos y recoger los heridos. La respuesta era invariablemente:

¡Refusé!, y el parlamentario alemán se retiraba contento cuando no oía algo peor que esa palabra. Esto es lo que ocurrió en un caso, que merece ser referido. Muy cerca de las alambradas alemanas había caído gravemente herido un coronel francés, el cual despertó la admiración de todos por el valor con que condujo a sus tropas al asalto. Se despachó un parlamentario al enemigo, diciendo que si los franceses querían recoger al coronel, los alemanes no harían fuego, o bien que no disparasen los franceses hasta que los alemanes hubieran salvado al herido. La respuesta fué: *¡Refusé! Qu'il crève, la vieille bête!*

Un pueblo que en la guerra se conduce con tal falta de respeto ante el valor de los vivos y los misterios de la muerte, no es solamente un pueblo ya vencido, sino también un pueblo juzgado.

ANTON FENDRICH

(De *Der Krieg*)

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

El supremo ideal

(El señor B).—¡Oh! ¡Qué gran cosa es la libertad, y la civilización, y la democracia, y la redención de los oprimidos, y el derecho.....

—Sobre todo, el derecho del pataleo ¿no es verdad, señor A?

(El señor B).—¡Cuántos beneficios debe el mundo a la causa de las libertades modernas, al campeón del derecho y la justicia, a la sublime Inglaterra!

—Si eso es un discurso de mitin, señor B, me escapo, porque no tengo edad de que me tome V. el pelo y ensaye V. a mi costa sus facultades oratorias. Hable V. de un modo más prosaico, o me voy.

(El señor B).—Decía, don Subrio, que si no hubiera sido por Inglaterra, que se alzó contra la tiranía teutónica y en defensa de Bélgica, a estas horas Alemania habría esclavizado a Europa y retornaríamos a los tiempos de los bárbaros.

—¿Qué ha hecho Inglaterra? No me he enterado. ¿Ha terminado ya sus discursos Lloyd George? ¿Ha organizado por fin la fabricación de municiones? ¿Ha logrado que los alemanes torpedeen los acorazados que le sobran, evitándole el trabajo de darlos de baja?

(El señor B).—¿Ahora sale V. con esas? Al cabo de un año ¿está V. ayuno de lo que sucede?

—¡Carreras en Rusia, gazaperas en Francia, Isonzo a todo pasto en Italia.....!

(El señor B).—¿Quién, sino Inglaterra, al grito mágico de libertad, justicia y derecho, ha levantado una cruzada universal contra Alemania?

—¡Acabáramos! Lo había olvidado, de puro viejo! Conque ¿el grito mágico? ¿No estaría más en su lugar que dijese V. la espléndida tajada o el festín de Baltasar?

(El señor A).—¿Qué festín, ni qué ocho cuartos, don Subrio? ¿Querrá V. bastardear los móviles altruistas y elevados que persiguen Francia e Inglaterra?

—¡Eso es lo que deploro! ¡Que por perseguir unos móviles se coman medio planeta! Si persiguieran algo fijo, puede que se hubieran ya detenido en su

camino. ¡Ahí es nada! Egipto y Madagascar, África del Sur y del Norte, del Este y del Oeste, Indostán e Indo China, Argelia y el Thibet....., y como aperitivos, islas, muchas islas. ¡Viva el derecho y también el revés, señor A; y viva la libertad y la buena digestión, señor B! Y al que chiste ¡garrotazo y tente tieso!

(El señor B).—Hablábamos de la guerra, don Subrio, y V. se remonta a los tiempos de nuestro padre Adán.

—No, señor B: simplemente a los de nuestro suegro John y nuestro cuñado de al lado.

(El señor A).—Por lo menos tiene V. buen humor. ¡Dios se lo conserve!

—¡Y al Gran Duque también! Tendremos que parodiar la frase de Francisco I: ¡todo se ha perdido, menos el buen humor! Ya se sabe: a mal tiempo, buena cara; quien canta, sus males espanta; ¡al que no quiere caldo,.....

(El señor B).—¡Don Sancho del diablo! ¿nos dejará V. hablar?

—¿Acaso hacen Vds. y sus amigos otra cosa desde que empezó la guerra? Discursos y literatura; y, entre tanto, el garrote va moliendo las costillas.

(El señor A).—¡Tiene V. razón, señor B! Conforta el ánimo el espectáculo que estamos presenciando; en demanda del ideal, las naciones se lanzan unas tras otras contra el tirano, y el cinturón de hierro se estrecha por momentos, hasta que Alemania perezca. En nuestra época materializada, todavía las conquistas de la revolución francesa mueven a los pueblos y a los individuos, y el reinado de la justicia.....

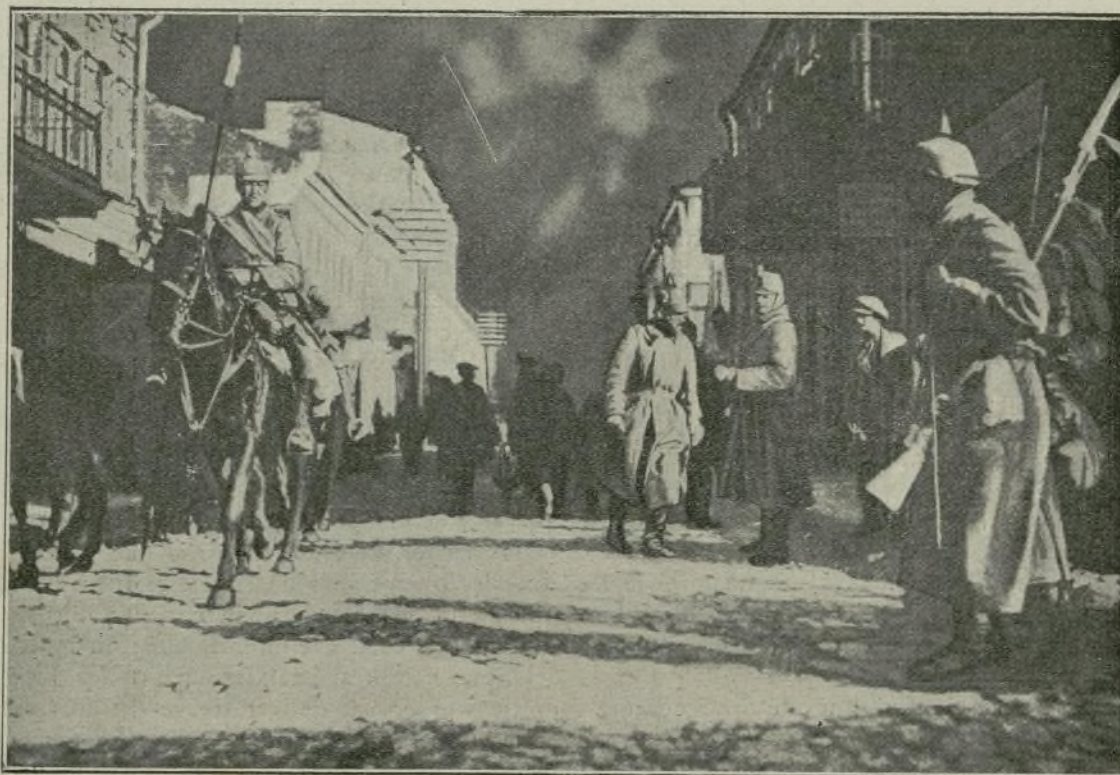
—¡Ja, ja! ¡Muy bien, señor A! ¡Parece V. un tribuno! A poco más, poseerá V. la cualidad esencial del caudillo de muchedumbres: afirmar lo que no se cree y hablar de lo que no se entiende, períodos sonoros, apóstrofes duros, y vanidad de pensamiento.

(El señor A).—Lo digo muy en serio, y no veo motivo para esas interrupciones. Inglaterra quiere que el mundo sea gobernado por el derecho, y Alemania pretende gobernarlo por la presión de la fuerza bruta; eso, no lo negará V., porque lo dicen todos o casi todos los periódicos y los más eminentes hombres de ciencia.

—De los países aliados. Confieso a V., señor A, que no me honro con la amistad de Asquith y Grey, ni tampoco con la de Bethmann-Hollveg, y que por consiguiente ignoro cuáles son los deseos de Inglaterra y Alemania; si V. o algún periodista u hombre *savant* tuvieran la bondad de explicarme cómo han desentrañado el misterio, tal vez me convencería de mi error; pero como no hacen nada por ilustrarme, me valgo de mis propios sentidos y razono partiendo de los hechos. Estos me dicen: 1.º que Inglaterra limita las operaciones de su ejército en Francia a guardar las costas del canal, como si dijéramos la puerta de su casa, y le importa un ardite todo lo que acontezca en el resto del frente; 2.º que Inglaterra no tiene el servicio obligatorio, ni el trabajo obligatorio, ni nada obligatorio, más que el ganar dinero, pero sostiene que es obligación de todas las naciones el arrojarle contra Alemania; 3.º que Inglaterra desarrolla operaciones de conquista en Mesopotamia; 4.º que Inglaterra trata de forzar los Dardanelos y apropiarse el Bósforo y casi toda el Asia menor, item



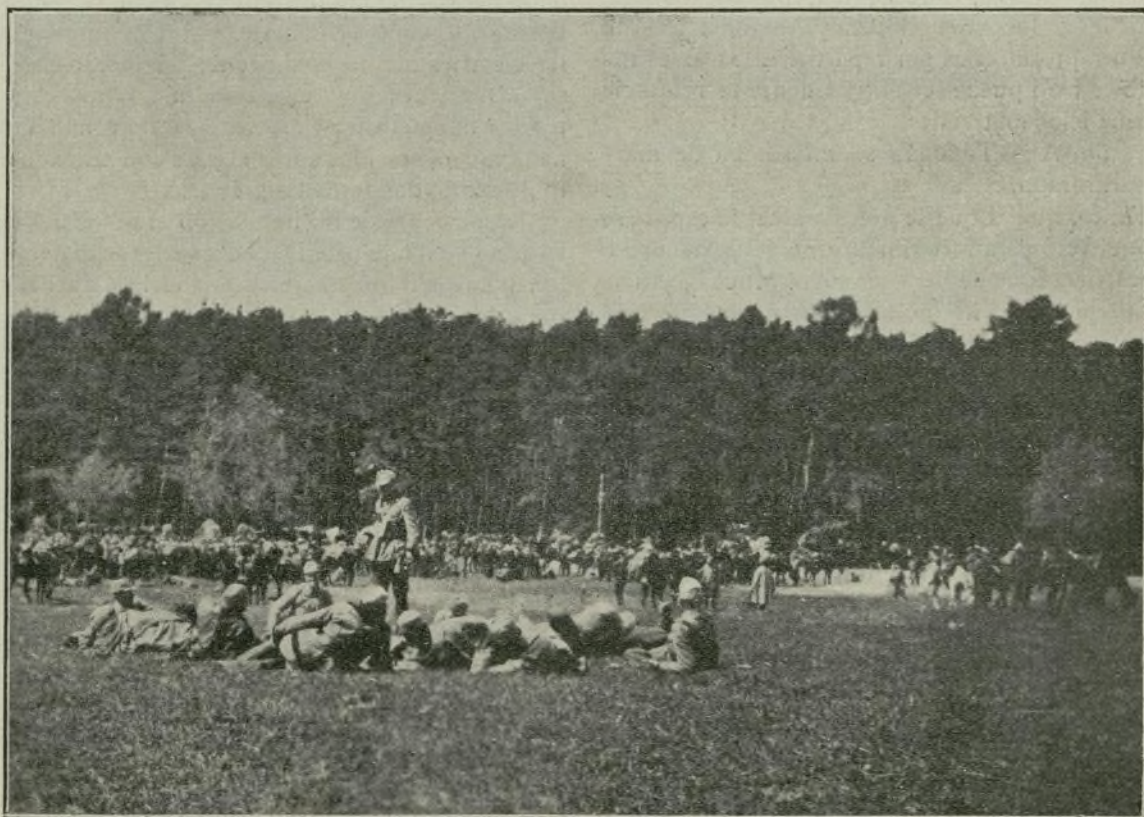
Columna de prisioneros rusos, en Polonia; uno de ellos arrastra una ametralladora



Entrada de los alemanes en la ciudad de Shavli, entregada a las llamas por los rusos al evacuarla



Un mortero de 30,5 centímetros destruido por el fuego enemigo ante Przemysl



Un descanso de los húsares de Wurtemberg en un bosque de Galicia

más una buena tajada de Persia; 5.º que Inglaterra, tan prudente en Francia, se ha dado buena prisa por apoderarse de casi todas las colonias alemanas; 6.º que Inglaterra está desalojando de América al comercio de sus adversarios y de sus aliados, y lo substituye por el propio. Todo lo cual, no sé que tenga nada que ver con Bélgica, ni con la democracia, ni con el moro Muza.

(El señor B).—No quiero discutir con V., don Subrio, porque se apasiona V. cuando suena el nombre de Inglaterra.

—También se apasionan los griegos, a quienes ha despojado de Imbros, Lemnos, Mytilene, después de haberse quitado la máscara en Chipre.

(El señor A).—No es Inglaterra sólo. Italia y los pueblos balcánicos se han estremecido de entusiasmo cuando han visto el peligro que se cernía sobre Europa. La santa palabra de libertad tiene el don de fundir a todos en una aspiración común.

—¡Es verdad! Italia, lo ha declarado con todas las letras, quería devolver la libertad al Trentino y a Trieste, pero no la libertad a secas, sino la italiana, lo que significa en romance que desea anexiarse aquellos territorios, así como Istria, Dalmacia, Carnia, y un pedazo de Albania, que tiene ya entre sus dientes. Mayor desinterés y más amor al ideal es difícil de concebir. Claro que se neutraliza la parte material de estas aspiraciones, con la conquista de Libia y Tripolitania, y la de un trozo de Siria.

(El señor B).—¿No es llegada la ocasión de que los pueblos balcánicos barran de allí el fanatismo musulmán y la tiranía turca?

—De todo es hora, pero la más importante es la de comer. Se ha encendido una fiebre guerrera en los Balkanes, ofreciendo a troche y moche, Tracia, Macedonia, Albania, Hercegovina, Bosnia, Bánato, Transilvania, Bucovina, Galizia y Anatolia. Y si no basta, aún quedan islas por repartir. El ideal es indiscutible, y no puede ser más evidente la renuncia a los beneficios materiales.

(El señor A).—Todo en este mundo ha de marchar equilibrado.

—Tanto, que al que se niega a sacar la espada se le pone el veto para recobrar lo que le pertenece o para ocupar lo que debiera ser suyo. Mucha justicia y mucho derecho y hermosas palabras; y te daré lo que no es mío ni tuyo, si me ayudas, o te negaré lo que te corresponde si te estás quieto, si es que no me apodero de alguna de tus haciendas el día del triunfo.

(El señor B).—La necesidad obliga y es madre de la ley.

—Eso es lo que me duele: que la necesidad de uno obligue a los demás, y que para mejor cubrir las buenas formas se despierten los apetitos ajenos y se agite el higuí. Con esta maniobra, apartamos la vista de donde no debíamos quitarla, y corremos alocados, atraídos como las alondras por el espejuelo de los lugares comunes. Ha habido quien ha sacado hábilmente las cosas de su quicio, y el mundo es tan cándido que ha seguido el juego; cuando quiera detenerse, será tarde. ¡Qué tremendas responsabilidades nos exigirá el porvenir!

SUBRIO ESCÁPULA

COMO CORRESPONSAL AL FRENTE

De la zona de etapas a la de operaciones

(De nuestro Corresponsal)

XI

Antes de la media noche abandonamos el casino de oficiales. Había que levantarse temprano el día siguiente, para emprender a buena hora la marcha hacia las trincheras.

Ha llovido ligeramente. Las nubes de la tarde desaparecieron de lo alto. En el profundo cielo azul lucen mil estrellas. En la ciudad dormida resuenan cavernosas mis pisadas sobre las piedras ya secas de la acera. De lejos viene el ruido de otros pasos, aumentando paulatinamente. Únesele el metálico de un sable al golpear en una pierna que va. Es un oficial que pasa. Luego sobresale la acompasada marcha de un grupo de soldados que hacen la ronda. Doblan la esquina antes de llegar a mí, sus pasos se pierden poco a poco en la tranquilidad de la noche. La ciudad duerme, semejante a un inmenso cementerio do vagan raramente los espectros de almas muertas en pecado. Camino sobre las puntas de los pies para no turbar la paz serena. Mis pensamientos son tan lentos y silenciosos que me imagino ser también un alma en pena. Apresuro el paso. Es tiempo de que vuelva a mi tumba. Más que andar, deslízome.

«*Wer da*» gritan de una puerta. El «quien vive» era firme e imperativo. Me siento transportado a un mundo distinto. Automáticamente hago alto. «*Kriegsberichterstatter!*» contesto, volviendo las miradas hacia la puerta, que ahora veo ser de un cuartel. El cabo de guardia se adelanta y requiere de mí el pase, el cual pongo en sus manos sin tardar más de lo necesario para introducir y sacar la mano del bolsillo. El cabo lee el pase a la luz de una lamparilla eléctrica que lleva al pecho, y ha leído en él que soy «Oberleutnant»; cuádrase, me saluda, da dos pasos a flanguardia y me cede la derecha. Terminada esta operación, dobla el pase con cuidado y me lo presenta, dándome las gracias.

La sirvienta de mi habitación me recibe y cuenta que «*Madame prie Dieu d'assister le général Joffre, pourqu'il puisse jeter les boches de France.*» Pregunta una vez más si no deseo nada y se retira.

La autoridad alemana ha cortado el gas de alumbrado y la corriente eléctrica, para que los aviadores enemigos no puedan guiarse por la noche. Por eso, colocando el candelabro de bronce en una esquina de la mesa, ilumino mi mapa extendido con las tres bujías de estearina. Necesito dar una última ojeada al teatro occidental de la guerra, antes de encontrarme en él mismo, pues la orientación es requisito esencial para la comprensión de lo que acontece en un campo de batalla. El comunicado de hoy del Cuartel General dice que «sólo han tenido lugar duelos locales de artillería en todo el frente, un poco más violentos en las inmediaciones de Arras e Ipres. En los Vosgos emprendió la infantería francesa un ataque, que fué rechazado.»

La línea azul que he trazado en mi mapa hace ya largo tiempo, permanece válida. Ni para atrás ni para delante. La contemplo y repaso en su extensión inmensa. Desde el mar del norte, principiando en Nieuport, pasa luego por Dixmuid y, culebreando,

por Langemarck al E. de Ipres y O. de Warneton; penetra en Francia cerca de Armentieres y describe un arco semejante al de una parábola, cuyo vértice está frente a Laventie y termina en la Bassée; sigue sobre Lens y Vimy para dirigirse a Arras, baja en línea recta hasta Albert, dejando a la izquierda a Bapaume, hondea hasta Roye; describe un gran arco de círculo que atraviesa el Oise en Chiry y termina en Soissons; de Soissons corre hacia el O. a la vera del Aisne hasta Berry-au-Bac, muy al N. de Reims, tan codiciado y sostenido por los franceses—, desde donde se empieza a inclinar al S. hasta entrar en la selva de Argonne; cruza ésta en dirección S. E. hasta Clermont, abraza los fuertes de Verdun en línea hiperbólica pasando por Chony y Etain hasta alcanzar en St. Mihiel el Mosa; forma una S acostada cuya primera curva se apoya en el Mosa, siguiendo por Apremont, las inmediaciones de Pont-a-Mousson, y termina en Bouxieres-aux-Dames, en el Mosela; la línea extiéndese después en dirección E. hasta Parroy, pasando por el N. de Nancy y Lunéville; de Parroy baja oblicuamente, tocando territorio alemán en Saales, para entrar en él decididamente cerca de Markirch; en zigzag pasa por Münster, Sulz, Cérnay, Altkirch y se pierde en los contrafuertes de los montes en la frontera Suiza.—En mi mapa es larga de 1 m. 50 cms., lo que significa en la realidad más de 600 kms., Una muralla humana de 600 kms., metida en una trinchera interrumpida! Es la guerra de posiciones inexpugnables, siempre en acción y nunca decidida, el combate sin tregua; pero también de más lentos resultados.

¿Dónde están aquellas batallas campales, rápidas, que nos habíamos prometido iniciados, como profanos? Fuera de la batalla de Tannenberg y de invierno, en que Hindenburg estuvo a la altura de Aníbal en «Canas», el aspecto de la lucha ha engañado todas nuestras preconcepciones. Ahí está el sistema de «cordones» de triste historia, tan despreciado por Napoleón. Con todo, hay que reconocer que se presenta en muy otras condiciones y ventajas que hace un siglo.

Sumergido en estas meditaciones me voy a la cama. Tengo dos horas para reposar. Nada más que dos horas; pero en tranquilidad. Lo cual quiere decir mucho para un soldado. Cuántas noches en guardia, sin cerrar pestaña y cuántas otras en el acantonamiento, en el campamento, en el vivac, en las trincheras y reductos, pasadas durmiendo, por decirlo así, con un ojo, puesto el otro fijamente en el enemigo, los oídos abiertos siempre a la voz de alerta, que de un momento a otro puede poner en movimiento todo el ejército!—Cansado, como estoy, apenas caigo sobre la cama y ya duermo con el sueño profundo de un bienaventurado.

«Fertig»—«Listo», digo al ordenanza, arrojándome a la puerta precipitadamente, para ir a alcanzar a los compañeros en el «punto de reunión».

Poderosa es la sugestión y fuerte la impresión que la guerra produce en un espíritu guerrero. Anoche he soñado. Un momento, un instante quizás; pero con la viveza de acontecimientos vistos, tengo aún grabado en la mente el cuadro de mi sueño. Sobre una elevación mediana, pero dominando el campo al frente, estaba yo. A mi lado oficialidad;

generales de bigote gris, de mirada penetrante; más jóvenes, derechos, elegantes, había también. Frente a nosotros, allá lejos, apenas visibles al través de los anteojos, en tres grupos largos y poco profundos, la infantería enemiga avanzando siempre, en especial el ala derecha. A cada diez pasos levantábase en grupos diversos una espesa nubecilla gris, cubriendo momentáneamente la fila respectiva. A nuestra izquierda, desde la falda del monte, extendiéndose en la llanura, nuestra infantería y caballería. Entre ambos frentes, es la distancia de unos 1,800 metros nada más, en algunos puntos del ala derecha del enemigo ya se juntan. Detrás de los ejércitos está, invisible en parte, la artillería; de sus bocas de fuego vése de cuando en cuando humo salir y cruza un punto negro los espacios. De la falda del monte sale un murmullo sin cesar: es el disparar continuado de nuestras ametralladoras. Uno de los viejos generales mueve la cabeza duramente. «Tenemos grandes pérdidas», dice. Acércase a un oficial que tiene un aparato telefónico en las manos y dícele algo al oído. Un oficial se acerca a mí y me comunica: «ahora van a disparar nuestras baterías nuevas, de tiro rápido». Y en efecto, en el mismo momento, déjase escuchar un crugido ronco. El espacio se nubla un momento, entre mis ojos y los ejércitos interpónese un manto espeso.

Abro los ojos. Ya estoy sentado sobre la cama. Y el crugir ensordecedor de las nuevas baterías continúa muy cerca. Poco a poco le distingo claro. Es semejante a la ronca corneta de un automóvil. Suenan a la puerta. «Herein!» (adelante)—. Es el ordenanza, el cual dice respetuoso: «Señor, el auto espera abajo».

En el casino de oficiales tomamos un frugal desayuno. A eso de las cuatro de la mañana nos ponemos en marcha, pues no hay tiempo que perder. Debemos aprovechar la «hora ventajosa», que es la que adelanta la hora oficial de Alemania con respecto a la de Francia. Ahora son las tres para los soldados franceses. Si llegamos antes de que les llegue la hora de despertarse, podremos ver mucho sin gran peligro. Las horas de la mañana presentan aún otras ventajas. El sol está a las espaldas de la línea alemana y hiere, por el contrario, directamente las pupilas de los soldados franceses, haciendo así su puntería por demás incierta. Pero el sol es justo y alumbraba sobre buenos y malos, y es neutral verdadero y no ayuda a ninguno, sino para ayudar después al contrario; así es que si por la mañana otorga a los germanos su apoyo, por la tarde siega a éstos en servicio de los primeros. Aunque yo para mí tengo que Apolo, sin detenerse a cuidar de las insignificantes rencillas de los mortales continúa impertérrito rodando su carro de oro por la acostumbrada vía de su carrera; pues verdad es adquirida que como aumentan en años, crecen en dignidad los dioses del Olimpo.

La mañana está fría como un amanecer invernal. Al correr veloz del automóvil, nos penetra el vientecillo hasta la medula de los huesos. Los impermeables antes ayudan a enfriarnos que a calentarnos. Envolvémonos en las mantas gruesas de los pies y, mejor abrigados, continuamos nuestra vertiginosa carrera hacia el frente.

Primavera de 1915.

J. C. GUERRERO

CRÓNICA MILITAR

I. La fortificación permanente en la presente guerra.—II. Finalidad exclusivamente militar de la maniobra austro-alemana en el E.—III. Las operaciones en los Dardanelos.—IV. Las operaciones en el teatro oriental.—V. La situación el 6 de septiembre

I.—La fortificación permanente en la presente guerra

Las plazas fuertes más poderosas y mejor artilladas, caen como castillos de naipes, pese a las cúpulas y corazas; las líneas de trincheras en que se resguardan los beligerantes en el frente occidental, desafían todos los ataques y son prácticamente invulnerables: tal es la doble opinión que ha formado gran parte del público como consecuencia de los acontecimientos de esta guerra. ¿Es real o infundada? ¿Es posible que los reparos improvisados en horas y perfeccionados luego, sean más eficaces que las fortalezas en cuya construcción se han empleado pródigamente todos los adelantos de la ciencia y son producto de los estudios de los más esclarecidos ingenieros y artilleros?

No entraré en detalles técnicos, ni menos aún desarrollaré una discusión profesional. Como el tema interesa a todos, doctos y profanos, por relacionarse con la seguridad del territorio nacional, procuraré que mis argumentos sean claros y asequibles a los no versados en achaques de milicia.

La fortificación permanente adolece de un defecto consubstancial con ella: la inmutabilidad. Como su nombre indica, es fija, susceptible de pocos cambios, a menos de grandes dispendios, y mientras todo a su alrededor progresa y evoluciona, la fortificación que ha tomado cuerpo en una fortaleza determinada permanece estancada, quieta, pasiva, y envejece pronto. La plaza que cumple hoy todas las condiciones apetecibles, será deficiente a los diez años; inútil es extremar la previsión; ¿cómo adivinar cuáles serán y en qué sentido los progresos de mañana, antes que hayan tenido lugar? ¿Se ensancharán los fosos, se extremarán los espesores, se harán más gruesas las corazas, inmovilizando un capital enorme, que tal vez resulte a la postre estérilmente empleado, porque la técnica tome derroteros diferentes de los supuestos? ¿Cómo preparar alojamientos para piezas de artillería que no existen y cuyas dimensiones y características se desconocen? ¿Quién podía imaginar hace diez años que el peligro aéreo de dirigibles y aeroplanos, dejaría de ser un mito? ¿Habría quien pretenda negar que muy pronto la química intervendrá positivamente en el ataque de las plazas; que verdaderos torpedos reemplazarán a los proyectiles más potentes; que será un juego de niños el paso sobre todo linaje de obstáculos pasivos; que el problema de la desenfilada no sufrirá un cambio más radical todavía que hasta aquí? ¿Cómo protegerse contra lo que se desconoce? ¿Cómo hacer frente a lo que se ignora?

En la erección de una plaza fuerte se presenta por lo tanto este dilema: se la ajusta a los medios ofensivos y defensivos de la época, con un cierto coeficiente de aumento dictado por una sana previsión; o se multiplican las precauciones, con la casi certidumbre de que serán inútiles y a costa de un gasto enorme. En esta disyuntiva, es claro que ha de

optarse por el primer criterio; pero, con objeto de paliar en lo posible los defectos que lleva consigo, ha evolucionado en los últimos años la fortificación permanente, tendiéndose a reducir el número de fortalezas y a dejar para última hora la construcción de aquellos elementos destinados fatalmente a quedar anticuados en un porvenir próximo. Las fuertes barreras y las plazas fronterizas necesitan prestar su servicio desde el primer momento, y en tal concepto deben terminarse por completo en tiempo de paz. Este era el caso de casi todas las fortalezas rusas, cuyo nombre está ahora en todos los labios, y de las francesas del N. E.

Pero si la fortificación permanente adolece del inconveniente expresado, la justicia obliga a reconocer que, en general, los llamados a utilizar sus servicios son los principalmente responsables de los fracasos que se la atribuyen. Las plazas obedecen siempre a objetivos militares bien definidos, subordinados a las operaciones del ejército propio; cuando la fortuna vuelve la espalda a éste, o sea en las guerras defensivas, entran aquellas en acción, y como no tienen piernas para moverse y emprender la retirada, el general en jefe les demanda un concurso que, unas veces, se aparta de su verdadero cometido, y todas es muy superior al rendimiento que pueden y deben dar. Es una verdad positiva, aunque propios y extraños se obstinan en negarla, que, de todos los instrumentos que una nación en guerra pone en manos del general en jefe, las fortalezas son el más difícil de manejar y por lo común el peor manejado. ¡Cuántos desastres y cuántas culpas propias se han achacado a las plazas! Por el mero hecho de estar fortificadas y artilladas, se quiere que resistan a todo trance, y que una guarnición dotada de medios limitados consiga lo que no logró un poderoso ejército que tiene a su disposición el recurso supremo y valiosísimo de la maniobra. Y es que el objeto que ha de cumplir una plaza sólo lo saben unos pocos, cabalmente los que más obligados están al silencio, mientras que de su caída se enteran todos.

No hay factor marcial ninguno al que se le exija un rendimiento absoluto e ilimitado; la quiebra de cualesquiera de ellos encuentra quienes la disculpen y justifiquen, mientras que la pérdida de una fortaleza sorprende siempre y desata la exclamación unánime de que con ella caiga su guarnición en manos del enemigo. ¡Cuánta ligereza y qué desconocimiento de la realidad de las cosas!

Verdun y Toul han hecho más en favor de Francia en los últimos once meses, que los numerosos ejércitos de Joffre y French. Sin la resistencia de las dos, es probable que en septiembre de 1914 terminara la guerra en occidente, y cuando no, los franceses habrían sido batidos en el Aisne en la primavera pasada o lo más tarde en junio, y París estaría sitiado. Se sostiene el frente aliado sencillamente porque en uno de los flancos lo protege el mar y se apoya en el otro en robustas fortalezas. Una sola de éstas, como Verdun, que cumpla su cometido, aunque

perezca luego, redime de su ineficacia a veinte que hayan capitulado prematuramente, porque salva al ejército. Es pertinente añadir que el alto mando francés sabe sacar mejor partido de las plazas, haciéndolas intervenir en las operaciones del ejército, que el alto mando ruso, que apeló a ellas cuando ya las tropas de campaña estaban derrotadas y desmoralizadas. No se ha visto en Rusia la utilización de ninguna fortaleza en la maniobra; persistentemente se las ha empleado para recoger los restos en dispersión de un ejército o para proteger una retirada, y ambos objetos, de finalidad más pasiva que activa, lo ha cumplido la cortina fortificada desde Kovno a Ivangorod, según expuse en otra *crónica*. ¿Puede nadie razonablemente esperar que un fuerte o un conjunto de fuertes restituya a un ejército derrotado su capacidad de ofensiva? El triunfo ¿ha de esperarse del hombre o del obstáculo inerte? ¿Es culpa del cañón el que el proyectil no dé en el blanco, o va a reprocharse al fusil porque la bala pasa alta? La bondad de la escultura proviene del artista y no del mármol, pero si al primero se le va el cincel, no será raro que la imperfección se atribuya a defectos de la materia, muda e inerte.

Llegamos de todo esto a la conclusión de que sin ser perfecta, ni mucho menos, ni estar exenta de pecado la fortificación permanente, se la hace responsable de culpas que no le corresponden. Se impone, es cierto, mucha prudencia en su empleo y acentuar más su evolución, pero más necesario es todavía que los llamados a servirse de ella se percaten bien de su manejo y no le pidan imposibles, que ni ella ni cosa alguna pueden dar.

Quede para otro día el exámen comparativo entre los servicios de la fortificación de campaña y los de la permanente, según las lecciones de esta guerra.

II.—Finalidad exclusivamente militar de la maniobra austro-alemana en el E.

No hay cosa que se preste a más variadas interpretaciones que la guerra. Como los móviles permanecen ocultos, e ignorados muchos detalles, hay que juzgar los objetivos y los acontecimientos por los resultados materiales; basta apartarse un poco de ellos para entrar en el terreno imaginativo, y si la pasión o el prejuicio toman parte, se entra en el dominio de la fantasía. Con ser la guerra la realidad más amarga que puede azotar a la humanidad, se la suele tratar, de palabra y por escrito, con ligereza e irreflexión, buscándose la verdad de los hechos, no en donde se encuentra: en los teatros de operaciones y campos de batalla, sino substituyéndola por una pseudo-verdad que nace de las simpatías, inclinaciones, deseos o puramente del capricho del crítico. Con ello, se manifiesta a veces el ingenio personal, pero nunca se encuentra por este camino la verdad escueta y sin máculas.

Viene esto a cuento de que en fecha recientísima se ha propalado con innegable habilidad, una explicación de las últimas campañas contra Rusia, que se ha abierto cierto camino y que importa atajar, para que la opinión no acabe de desorientarse. En síntesis, se ha dicho que Alemania improvisó a última hora la campaña de Galizia, y consiguientemente la de Polonia; que llevó a cabo aquellas operaciones

para calmar la ansiedad del sentimiento nacional, descontento por no haberse obtenido victorias en occidente, y con objeto de que Austria—que comenzaba a lamentarse—no rompiera la alianza, viendo cómo ella tenía que soportar la invasión de una provincia—Galizia,—mientras Alemania ocupaba tierras de Rusia, Francia y Bélgica; que el objetivo militar se concretó a obtener este doble efecto moral en Alemania y Austria-Hungría; y que el fin de la guerra no está en oriente.

Sólo un total desconocimiento de la realidad puede justificar la afirmación de que Alemania estaba impaciente por no recibir noticias de victorias en occidente; basta hojear la prensa del Imperio y mantener medianas relaciones con él para persuadirse de lo inexacto de esa aseveración; pero, sobre todo, se comprendería la impaciencia en el invadido que, pese a todos sus esfuerzos, no consigue arrojar de su territorio al enemigo, pero nunca en el invasor, que obtiene del país conquistado recursos de diversas clases que no abundan en su suelo nacional. Limitarse a decir que el invasor siente impaciencias, equivale implícitamente a sostener que el que lleva la peor parte está tranquilo y resignado, y la resignación en la guerra no es más que una forma retórica de reconocer la derrota. Por fortuna para todos, ni el invasor ni el invadido han impuesto, con sus estados de opinión, su voluntad a los cuarteles generales, que sólo se inspiran para sus resoluciones en objetivos militares, los únicos que pueden salvar a los respectivos países si el éxito les acompaña. No en balde llevamos doce meses de guerra: los nervios y los corazones se han templado, y la razón se ha antepuesto a los movimientos pasionales.

Si la campaña de Galizia ha obedecido a libertar esta provincia para satisfacer los anhelos austriacos, díganlo los hechos. A pesar de hallarse plenamente derrotado el ejército ruso de Ivanov, la ofensiva contra él se suspendió apenas Mackensen llegó al Bug, es decir, cuando se puso en condiciones para envolver la línea del Vístula; la Galizia oriental continuó durante más de dos meses en poder de los rusos, sin que se inquietaran los austriacos, que fueron los primeros—el ejército del archiduque José Fernando—en abandonar aquella provincia para internarse en Rusia, en la dirección de Lublin.

En cuanto a la improvisación de la campaña, basta recordar los hechos. Simultáneamente con las batallas de Tarnov y Gorlice en Dunajec, se inicia en el otro extremo del frente la invasión de Curlandia, y las dos alas, Hindenburg en el N. y Mackensen en el S., operan tan concertadamente, que casi sin combate cae poco después la línea del Vístula, y se derrumba luego la formidable cortina de plazas fuertes desde Novo-Georgievsk a Kovno.

Jamás se han movido con tanta unidad, simultaneidad de esfuerzos, y armonía de combinación, en un frente tan enorme, ejércitos tan numerosos como los lanzados contra los rusos. Y eso se hizo cuando Mackensen consiguió separar el centro ruso.—Alexeiev—del ala izquierda—Ivanov—gracias al famoso cambio de su línea de operaciones, que desde Galizia pasó a Polonia. Con la campaña de Galizia no se buscó—lo saben mis lectores—ni se obtuvo la liberación de aquel territorio, sino otro objetivo más importante: la ruptura del frente enemigo, en el Bug,

y después la derrota total de su ejército; no lo digo yo, lo proclaman los hechos.

Ese fué el objetivo militar y único; y no pudo obtenerse antes, pero se le preparó lenta, sistemática y tenazmente. Porque las maniobras decisivas requieren otras preliminares y no pueden abordarse desde el primer día. ¿Se ha reprochado por ventura a ningún gran capitán que no redujera cada campaña a una sola batalla? ¿Se censuró a Moltke, en 1870, porque tardase un mes en llegar a Sedán y cerca de seis meses más en terminar la guerra? Golpe tras golpe fueron deshechos, uno a uno, los mejores ejércitos rusos; el 20 de febrero anuncié que el poderío militar de Rusia se acercaba a su ocaso; el 3 de mayo, dije que había comenzado la campaña decisiva contra Rusia; el 10 del mismo mes, afirmé que se les había cerrado a los rusos el vasto horizonte de la ofensiva estratégica, y vaticiné que antes de mediar el verano, 8 de agosto, habrían ocurrido cambios radicales en la marcha de la guerra: efectivamente, quedó roto el cordón de fortalezas del Narev, en manos de los alemanes Ivangorod y Varsovia, y en plena retirada todo el ejército ruso. Sin las victorias de Tannenberg y Gerdauen, no hubiera sido posible la invasión de Polonia; sin el triunfo de Augustovo, no se debilitara el ala derecha rusa, en Curlandia, por la necesidad de reforzar el centro, haciendo posible el fácil y rápido avance de julio y agosto; y cuando desde Ivangorod a Mitau estuvieron ya desorganizadas y maltrechas las tropas rusas, vino la estocada contra el único núcleo intacto, el de Galizia, y se inició al mismo tiempo la maniobra general. Los resultados, a la vista están: prescindase del terreno conquistado, de los prisioneros hechos —cerca de millón y medio—, del inmenso material de guerra capturado y de las fortalezas, barridas como simples pantallas, y oíganse las voces que llegan de Rusia, de Inglaterra, de la misma Francia: se discute en esos países sobre la probabilidad de una marcha de los alemanes a Petrogrado, a Moskú, a Odessa. ¿Se quiere confesión más paladina de la derrota total, definitiva e irremediable, de las huestes del czar? ¡Triste es, en verdad, que los apasionamientos e irreflexiones de unos cuantos, nos pongan a los demás en el caso de recordar sus propias desventuras a un ejército—el ruso—que se ha batido tan gloriosamente y ha asombrado al mundo con su espíritu de sacrificio y abnegación! Y no menos triste es, también, que se niegue indirectamente el mérito de la maniobra alemana, despojándola de su finalidad militar.

Finalmente, si con la frase de que el fin de la guerra no ha de buscarse en oriente, en Rusia, quiere significarse que no sonará allí el último disparo, nada hay que objetar; pero si lo que se pretende dar a entender es que la resolución de la guerra no se encuentra en Rusia, me remitiré a lo que sobre este punto concreto escribí el 10 de mayo; en último término los hechos darán la razón a quien la tenga.

III.—Las operaciones en los Dardanelos

Las cartas enviadas a sus periódicos por los corresponsales de guerra británicos contienen interesantes pormenores sobre el desembarco de los con-

tingentes australianos, neozelandeses y maoris en las costas occidentales de Gallipoli, en los días 6 a 8 de agosto.

El desembarco se preparó con mucha antelación, y durante semanas enteras se ensayaron todas las operaciones, tomando parte en ellas las tropas y el material. Hasta que los transportes se dieron a la mar y alejaronse de las costas, no supieron los expedicionarios que iban a desembarcar en la península. Los puntos elegidos fueron la bahía Suvla o pequeña de Anafarta, y la costa de Anzac, 9 kilómetros al S. de la anterior. Previamente, se emprendió un ataque en el extremo meridional, donde están los contingentes anglo-franceses, para atraer hacia allá la atención del enemigo y despistarle, lo que se consiguió en parte. Bajo el fuego de los cañones de los cruceros, monitores y torpederos, las tropas llegaron sin oposición a la costa y se hicieron fuertes en ella. El día 7 emprendieron el avance, tropezando con poca resistencia: los efectivos turcos eran escasos, y para contener al invasor acudieron a una estratagemma, que recuerda el método de combate de los moros. Abandonaron las trincheras, sobre las que se concentraba el fuego de los barcos y cañones británicos, y aprovechándose de las anfractuosidades de las rocas y de las asperezas y desigualdades del terreno, ampliamente desplegados en una línea de tiradores muy sutil, rompieron un fuego tan vivo y cierto, que el invasor fué contenido, por creer que tenía ante sí fuerzas de importancia; no contentos con esto, los turcos ejecutaron un movimiento envolvente al N. del lago Salada, inmediato a la bahía Suvla, e hicieron retroceder a los australianos; entonces es cuando se descubrió su debilidad, porque reforzada el ala izquierda expedicionaria, repelió a los turcos, y toda la línea ganó terreno, internándose unos 4 a 5 kilómetros en la costa. El día 9 se hizo patente la llegada de tropas de refresco turcas, y a partir de este momento el avance quedó detenido.

Con posterioridad a esa fecha, se sabe que ha habido combates muy sangrientos, con resultado desgraciado, al parecer, para los expedicionarios, dado el tono con que se expresa la prensa inglesa sobre las operaciones en los Dardanelos. Desde luego cabe afirmar que ni en el S., ni en el O. de Gallipoli se ha conseguido otra cosa que mantenerse en las posiciones conquistadas en los primeros instantes. Se cree que los soldados naturales de Gallipoli son los que forman el cordón de vigilancia de la costa occidental porque como profundos conocedores del terreno que son, este conocimiento les permite suplir la falta de fuerzas. Las reservas están más atrás.

Nada ha vuelto a saberse de las tropas que desembarcaron en la costa S. de Tracia, siendo probable que hayan reembarcado.

Hasta qué punto han sido encarnizados los combates librados en Gallipoli, lo revela la cifra de bajas de oficiales publicada por el Ministerio de la Guerra británico desde el 19 al 27 de agosto. En esos ocho días, el número de oficiales muertos, heridos y prisioneros asciende a 780. El día 27 se hicieron públicos los nombres de 122 oficiales y 1350 soldados caídos bajo el fuego enemigo. Es significativo el hecho de que la proporción en oficiales prisioneros sea en algunos cuerpos enorme; el regimiento N. Lancaster, por ejemplo, perdió 10 oficiales extraviados y

ningún muerto o herido, lo cual da a entender que abandonó precipitadamente sus posiciones, sin retirar las bajas, o fué víctima de una sorpresa. De los 780 oficiales que fueron bajas, 601 pertenecen a los contingentes australianos, zelandeses, indostánicos y a 16 regimientos británicos. Ello es un indicio expresivo de que Inglaterra tiene en los Dardanelos un ejército considerable, que debe aproximarse a 150.000 hombres, si no rebasa este número. La fuerza de las tropas australianas puede deducirse de este detalle: de aquellos 780 oficiales, corresponden a dichas tropas 64 muertos, 128 heridos y 13 extraviados: total 205; debieron quedar más que diezmas. El contingente neozelandés perdió 33 oficiales muertos, 73 heridos y 3 extraviados: total 109. Tampoco debe pasarse en silencio la circunstancia de que las bajas de oficiales son casi la décima parte de las de tropa, hecho que si redunde en honor de la bravura y abnegación del oficial inglés, indica que las tropas no poseen una instrucción militar completa para la guerra regular en grande escala.

IV.—Las operaciones en el teatro oriental

Con la evacuación de Grodno, última plaza que quedaba a los rusos en la antes poderosa línea fortificada del Vístula-Narev-Niemen, han logrado definitivamente los alemanes el primer objetivo estratégico de su campaña contra Rusia, campaña que comenzó por la reconquista parcial de Galicia para llegar al Bug. Destácase, ahora, con toda su grandeza, esta primera finalidad de las operaciones: mediante un doble movimiento envolvente encomendado a los grupos de ejércitos de los mariscales Hindenburg y Mackensen, se descompuso el frente ruso, se indujo a la retirada a las tropas del Gran Duque, y, privada del apoyo de ellas, la formidable cortina defensiva se vino abajo en un tiempo inverosimilmente corto. Es la primera vez que un ejército maniobra con plena eficacia contra una línea fortificada de centenares de kilómetros; no se encuentra nada parecido en ninguna de las guerras precedentes. De la misma manera que cuando un ejército ha sido derrotado estratégicamente basta un pequeño empuje táctico para vencerle en el campo de batalla, en esta campaña la maniobra de las alas decidió la suerte de las fortalezas, que cayeron o fueron evacuadas unas tras otras con sólo amagar el golpe. El hecho es asombroso, de concepción genial, el más extraordinario, y han sido muchos, de cuantos se suceden de un año a esta parte. ¿Tendrá aplicación esta maniobra en el teatro occidental? Seguramente, la lección no ha pasado inadvertida al generalísimo francés.

El segundo objetivo estratégico: la ruptura del frente ruso en tres pedazos, para batirlos después en detalle, sólo se ha logrado en parte hasta ahora. Merced a la rápida marcha de Mackensen al E. de Brest Litovski, el ejército moskovita del S. ha quedado separado, ya sin remedio, de los del N. y centro, incapacitado para tomar parte en las finales y decisivas operaciones de la guerra. A punto estuvieron los ejércitos de Eichorn y Scholtz de cortar el enlace entre el centro y el ala derecha rusa; pero el Gran Duque—hay que decirlo en su honor—comprendió a tiempo el peligro y apresuró el traslado de

sus masas a Vilna, de suerte que sólo una parte de ellas—la empujada en dirección a Moskú—ha sido puesta fuera de combate. Este movimiento de los rusos de S. a N. ha creado una situación interesante, que tardará poco en despejarse: para hacer posible la retirada del centro sobre Vilna, ha sido menester que los ejércitos de Curlandia contuvieran a Hindenburg, y que una porción considerable de los del centro hiciesen frente a los atacantes de Gallvitz, Scholtz y Eichorn, por lo que, la masa principal de los restos del ejército ruso—cuyo centro de gravedad está en Vilna—han tenido que suspender la retirada, y pueden verse obligados a una batalla decisiva si Hindenburg concentra oportunamente sus masas; de que persigue este fin, indicios evidentes hay. Si el Gran Duque evita este choque decisivo, y continúa la retirada sin quebrantos, habrá dado pruebas de mucha habilidad.

Si algo hay de inconcebible en la conducta de los rusos, es la obstinación de permanecer el ejército de Ivanov en la Galizia oriental, cuando los demás ejércitos del centro retrocedían apresuradamente y perdían el contacto con aquel. En cuanto Mackensen cortó por fin la línea, poniéndose al N. de los pantanos del Pripet, bastó el avance del ejército de Bothmer, apoyado a su derecha por el de Puhallo, en la dirección de Luzk, para que todas las masas de Ivanov vieran amenazada su línea de retirada y se precipitaran hacia el N. Esta era la ocasión propicia para pasar el Zlota-Lipa: Böhm Ermolli y Pflanzer ganaron terreno rápidamente, y están ya en muchos puntos al E. del Sereth; una parte de las tropas austriacas, que habían avanzado demasiado, fueron momentáneamente arrolladas por el tropel de los rusos que se precipitaban por la única puerta abierta, pero enseguida se restableció la situación, y la derrota abatió nuevamente sus alas sobre los desgraciados ejércitos del Czar. La fortaleza de Luzk está ya en poder de los austriacos, y la reconquista total de la Galizia, que es obra de pocos días, habrá ido acompañada por un desastre más. No se encuentra explicación militar al empeño de Ivanov de permanecer semanas y semanas en el sector del Dniester y Zlota; acaso se persiguió con ello el efecto de ejercer cierta presión moral sobre Rumanía; pero ésta, que tal vez no se hubiera conmovido por una retirada libre y voluntaria de los rusos, ¿qué pensará ahora viéndoles huir derrotados? Cuando un ejército es vencido y se conduce como si no lo hubiera sido, no hace más que agravar y empeorar su situación.

El interés sigue concentrado en Curlandia, en la región de Vilna. Se delinea la maniobra alemana, dirigida al envolvimiento por el S. y a cortar las comunicaciones de aquella plaza con el N.; este último movimiento es el más interesante, porque tiene la doble finalidad de cuartear el edificio defensivo que se ha formado en Vilna y ponerse los alemanes en condiciones de caer contra el último núcleo ruso aún disponible. Por eso se lucha tenazmente en el Duna, cuyo paso acaban de forzar los atacantes, en Friedrickstadt. El problema es de difícil resolución para el Gran Duque: si se retira hacia el N., abandona a las masas que se encuentran todavía al S. de Vilna y que serán deshechas; si resiste hasta el último trance en el Duna, para que entre tanto se efectúe la total concentración en el sector de Vilna, vol-

verá a perder su iniciativa y tendrá que aceptar la batalla que seguramente le presentará Hindenburg; una derrota más, y el camino de Petrogrado quedaría abierto y sujetas a la acción alemana las costas del Báltico. En el grupo de Vilna está la última esperanza de Rusia; pronto sabremos si, como tantas otras, resulta vana.

En el mes de agosto, han caído en poder de los alemanes 2,000 oficiales y 269,139 soldados rusos prisioneros, más 2,200 cañones y 560 ametralladoras. De estos prisioneros, 20,000 fueron hechos en Kovno y unos 90,000 en Novo-Georgievsk; no han sido aún contadas las ametralladoras cogidas en Kovno. Por consiguiente, el ejército de operaciones ruso perdió en el mes de agosto unos 160,000 prisioneros, equivalentes a 40 regimientos (el regimiento de línea ruso tiene cuatro batallones). El total de prisioneros hechos por los alemanes y los austro-húngaros desde el 1.º de mayo al 31 de agosto, se aproxima a dos millones. Este número da a comprender el enorme efectivo que tenían en operaciones los rusos al comenzar la campaña de primavera, y al mismo tiempo confirma, si fuera menester nueva prueba, la extraordinaria cohesión de aquellas tropas de los imperios centrales.

Un detalle, al parecer insignificante, merece ser consignado. El grupo de ejércitos de von Mackensen es el que, desde antes de la toma de Brest-Litovski, ha cogido menos prisioneros. ¿Se debe a que los rusos huyen desordenadamente, interponiendo una inmensa hoguera entre ellos y sus perseguidores? ¿Acazo proviene de que Mackensen reserva sus fuerzas y se vale de la maniobra y no del combate para precipitar el retroceso de sus enemigos? El caso es tan misterioso como el avance de ese ejército más allá del punto donde parecía que debía detenerse la persecución. No contaban los rusos con que el empuje alemán se ejerciera tan adentro de su territorio. Sobre si continuará con la misma energía que hasta ahora, o se detendrá al cabo, reinan las más variadas opiniones. A mi juicio, ello depende del sesgo que antes de diez o doce días tomen las operaciones en Curlandia.

Por lo demás, la marcha de los alemanes hacia el

E. es general en todo el frente: lenta y penosa entre Dunabürg (Dvinsk) y Vilna, más rápida cuanto más se descende al S., demostración evidente de lo antes consignado: la concentración rusa se efectúa precipitadamente en la región de Vilna.

V.—La situación el 6 de septiembre

Suspensión de los ataques en los Dardanelos, después de los sangrientos y estériles asaltos de mediados de agosto, rechazados tanto en la costa O. como en el S.

Nada digno de mención ha ocurrido en el frente occidental, ni en el teatro austro-italiano, donde han comenzado las copiosas nevadas en los Alpes.

En el frente oriental se advierte la llegada de refuerzos alemanes a Curlandia, indicio de que no tardará en despejarse la situación en el sector de Vilna. Gracias a su desesperada ofensiva, fracasada como todas, entre Riga y Dvinsk, y a la tenacidad de las retaguardias al N. E. de Grodno, los rusos han podido reunir en Vilna una parte considerable de los ejércitos que antes formaban el centro y la izquierda; la porción mayor, sin embargo, continúa siendo empujada hacia el E. por los alemanes, que avanzan en todo el frente. Mackensen se aproxima a la vía férrea Vilna-Kovno, último lazo que une con el N. a las derrotadas tropas de Ivanov. Se han acentuado los éxitos de los austro-húngaros en Galizia oriental, pese a la resistencia extraordinaria opuesta por los rusos; como el movimiento envolvente se acentúa más allá de Luzk, Ivanov tendrá que extremar sus esfuerzos para no ser destruido; lleva ya perdidos unos 50.000 prisioneros.

En conjunto, aún no se vislumbra con certeza cuál es el partido que abrazarán los alemanes: si se detendrán, organizando un fuerte frente defensivo, susceptible de ser guarnecido con pocas fuerzas, o si persistirán en la persecución y avance consiguiente.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

7 septiembre 1915.